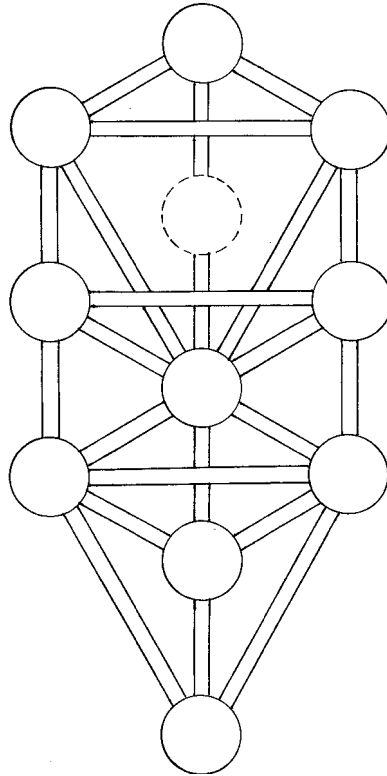


2. Lección primera: EL ÁRBOL DE LA VIDA

El Árbol de la Vida es el símbolo fundamental que usa la Cábala
Consta de 32 elementos que son las 10 esferas y los 22 canales que los conectan entre sí. (Sobre la esfera que aparece en línea de puntos se hablará después).



¿Qué es el Árbol de la Vida?

Un mapa de la conciencia. Una metafórmula que representa el ser de Dios, del Universo y del Hombre.

Representa cómo desde el ser vacío e inmanifestado, la esencia divina, que es una e infinita, deviene en una serie de pasos todo el cosmos manifestado, el cual a nuestra percepción se presenta como múltiple, finito, lleno de cosas y seres.

Pero este proceso no es ajeno al propio ser de Dios¹, como algo exterior a Él, sino que involucra de distintas formas su propia vida interna. Las Sefirot o esferas son, en su aspecto más exaltado, los arquetipos de manifestación de lo divino y se convierten, así, en los núcleos o prototipos de todos los desarrollos posteriores. Es decir, conformándose a Sí Mismo, Dios crea y da forma a todo lo que existe: el Cosmos y el Hombre. Por eso decimos que el Árbol de la Vida es un símbolo omniabarcante.

Los números del 1 al 10, son las Sefirot, en singular Sefirá, que proviene de una raíz hebrea que significa numeración, cuenta. Y también esfera.

Las Sefirot o esferas son, pues, los 10 números primordiales, los 10 arquetipos esenciales de la mente divina (y por tanto, los diez estados básicos del ser). Una posible formulación de los mismos sería:

1. Unidad. Voluntad. 2. Sabiduría aformal. Conciencia pura. 3. Inteligencia activa. Conciencia/energía. 4. Fuerza expansiva. Amor. 5. Fuerza contractiva. Poder. 6. Ser. Identidad. Self. 7. Autoexpresión. Manifestación. Arquetipos. 8. Recepción. Vasija. Forma. 9. Organización orgánica. Potencia generativa, vital. 10. Completitud. Realización final.

Los 22 canales están representados, en general por las 22 letras hebreas², como expresión de la potencia creadora divina (“Y Dios dijo...”³) y expresan la articulación o las relaciones de las esferas entre sí.

Reciben el nombre de canales, porque a través de ellos se vierte la influencia de las esferas; y también son senderos, en el sentido de que, en el trabajo práctico, la conciencia asciende o desciende, se mueve a través de ellos, para acceder a una u otra Sefirá.

En general a estos 32 elementos se ligán una serie de significados o correspondencias, como si se tratara de las distintas facetas de un cristal tallado. Por ejemplo⁴: Nombres Divinos; ciclos temporales (meses, días, estaciones del año); las direcciones del espacio; signos del zodiaco, planetas, elementos; las partes del cuerpo;

¹ **DIOS:** Cada cual tendrá una idea diferente, según sus creencias, sobre el Fundamento último de la Realidad, que llamamos Dios. Es, hasta cierto punto, indiferente cómo se entienda este concepto de Dios - a qué se aplica exactamente - ya que todo el mundo sabe que es un velo, o un fondo, puesto delante de lo incognoscible. De Dios se ha afirmado: Cualquier cosa que se diga que es, no es. A algunos les resultará sugerente, sin duda, alguna imagen concreta como, por ejemplo, la imagen del gran polo positivo de la batería cósmica, y considerar el mundo como energía (en el fondo todos esos términos son también elementos lingüísticos). La energía no sería puramente física - esa sería su circunferencia exterior - sino una energía viva, consciente, dadora y creadora (estamos empezando a construir otro modelo), a la que los antiguos llamaban Luz, entre otras cosas por su carácter intelectual. De ella derivarían todas las energías particulares, ya sean espirituales, mentales o físicas, en un continuo que rompe sus simetrías y diferencia sus elementos (metáfora de la Gran Explosión). No podemos evadirnos de usar imágenes y, al menos, éstas se expresan en términos de uso corriente hoy.

Lo que parece lógico es que todas las propiedades de lo generado deben dimanar de algo equivalente en el emanador - aunque en otro orden de magnitud mucho más exaltado, y eso porque la mente no puede pensar más que en un número finito de categorías - lo que justifica los antropomorfismos a veces usados: cuerpo, mente, palabra, pensamiento de Dios. Y el camino lógico, de nuevo, es el que invierte los términos: no es que el ser humano, que es pensante, atribuya mediante una proyección primitiva esta característica de pensamiento a un ser superior (el cual sería asimismo una proyección de su propio ser). Es más bien que el pensamiento humano es una contracción (un tsimtsum, en lenguaje cabalístico) de la propiedad equivalente divina. Y así sucesivamente.

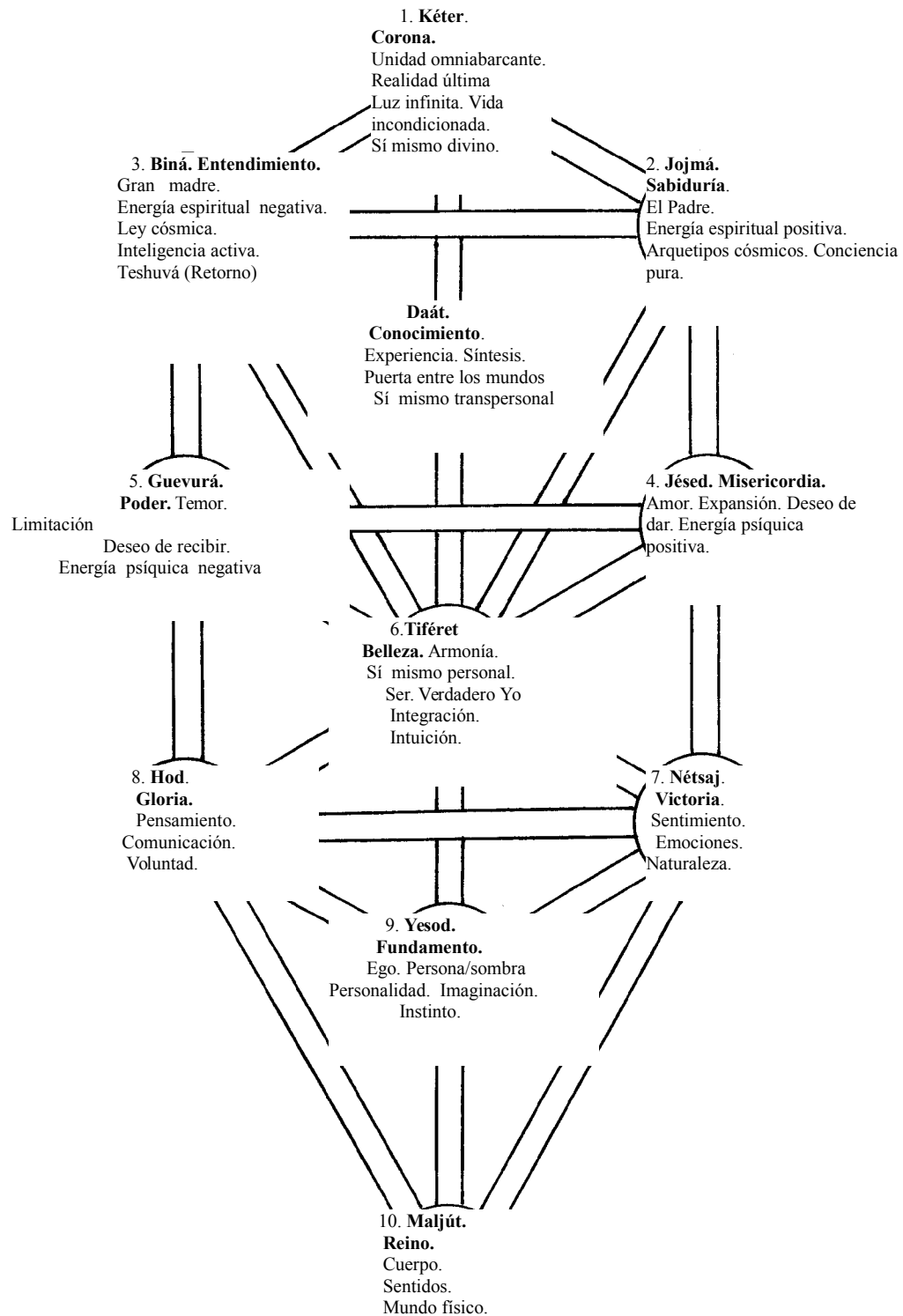
² De momento, este aspecto no se considera.

³ Esta es la expresión creadora que aparece en el Génesis.

⁴ Todas ellas se irán desarrollando a lo largo del curso.

el ser interno del hombre; su psicología; elementos de mitología egipcia, griega, babilónica; letras hebreas; cartas del Tarot, etc.

Sobre el Árbol, se ponen sistemas místicos, visionarios, extáticos, contemplativos; características psicológicas, teorías del desarrollo personal; estados de conciencia; datos científicos modernos; sistemas mágicos con sus correspondencias de sonidos, color, olores, perfumes, cristales, joyas, etc.



ÁRBOL DE LA VIDA

con los nombres de las Sefirot (negrita) y algunos significados básicos.

También cosmología esotérica; los datos del cuerpo sutil, como chakras o centros sicofísicos; los cielos; los palacios celestiales; los estados de después de la muerte, etc.

Se obtiene así una gran organización de la conciencia, y no estamos hablando sólo a nivel intelectual. La conciencia se puede expresar mediante el pensamiento, pero también mediante la emoción, mediante cualquier tipo de experiencia interna.

El Árbol de la Vida funciona en cierto modo como una serie de carpetas de archivos, cada uno con multitud de links e hipervínculos. Como consecuencia:

1º se organizan los contenidos de la mente.

2º se unifican prácticamente todos los sistemas de cualquier tipo con lo que se lleva a una reducción del conocimiento a la unidad, por supuesto no como una experiencia teórica, sino práctica y transformadora.

Es fundamental llegar a un conocimiento interiorizado del Árbol de la Vida, es decir, no simplemente aprendiéndose unas correspondencias de forma intelectual, sino energizándolas al tiempo mediante la meditación, el ritual y, por supuesto, la práctica en la vida cotidiana. Si no se llevan a la práctica es un conocimiento inútil.

Como dice un cabalista hermético moderno, Charles S. Jones (Fratel Achad):

“Respecto del Árbol de la Vida es de primordial importancia que los detalles del plan sean memorizados. Esta es posiblemente la razón principal por lo que a los primeros tiempos la cábala era transmitida de boca a boca y no por escrito, pues sólo da fruto en la medida en que arraiga en nuestras mentes. Podemos hablar de ella, estudiar en una cierta medida, hacer juegos con ella en un papel, etc. Pero hasta que la mente no asuma en sí misma la imagen del Árbol y podamos ir de rama en rama, de correspondencia en correspondencia, visualizando el proceso y convirtiéndolo de esa forma en un Árbol vivo, no veremos la luz de la verdad descender sobre nosotros. Habiéndolo conseguido habremos triunfado en germinar un retoño sobre la tierra, como en el caso de un árbol joven, y así nos hallaremos en un nuevo mundo, mientras nuestras raíces estarán firmemente implantadas en nuestro elemento natural.”

ESTUDIO PANORÁMICO DE LAS SEFIROT

En este apartado se describe cada una de las Sefirot (los Senderos se estudian en otro nivel). Vamos a dar una representación de los principales conceptos asociados, dando palabras clave de cada una de las esferas. Empezando de abajo arriba, nos moveremos de lo conocido a lo desconocido.

Es necesario aprenderse en hebreo el nombre de cada una de las esferas. Hay que partir de la base que el hebreo es un idioma sagrado, posiblemente uno de los cuatro fundamentales idiomas sagrados de la humanidad, como son el chino, el sánscrito y el egipcio.

Entonces las palabras expresadas en hebreo son palabras de poder, y lo que quiere decir “palabra de poder” es que tiene conexión y canalización. No vamos a usar todavía la escritura de los nombres en letras hebreas – esto será posterior – pero sí aprender a pronunciar los nombres transliterados al lenguaje castellano.

10ª Sefirá: MALJÚT. EL REINO.

Maljút es: El plano físico. El universo manifestado en su estado de máxima concreción, materialización, corporeidad. La esfera del cuerpo. La esfera de los elementos materiales. La esfera de los sentidos.

Maljút representa el último estadio del Árbol de la Vida, de todas las emanaciones. Las Sefirot también reciben el nombre de emanaciones⁵. Éstas acceden a Maljút, sobre todo a través de la novena Sefirah, Yesod, y es en Maljút, en donde alcanzan estabilidad y corporeidad.

Maljút es por tanto el punto final de la involución. En general, llamamos involución al descenso por el Árbol y llamamos evolución al ascenso, el retorno a la Fuente. Maljút es, entonces, el punto final de la involución, por donde debe pasar toda la vida antes de poder completar su desarrollo, ascendiendo por el Árbol para volver a su origen.

Maljút es materia, pero no materia sólo en su aspecto más denso, sino también en su aspecto sutil, el llamado plano etérico. Es materia más el alma de la tierra, su aspecto psíquico, el aura de las cosas.

El modo de conciencia propio de Maljút, desde el punto de vista humano, es la conciencia cerebral. El modo de percepción, los sentidos físicos, tanto internos como externos.

Hay que tener en cuenta que la Luz (la Luz infinita, la sustancia de la Creación) se halla en Maljút en un estado de máxima ocultación, muy contraída, por así decir. Pero

⁵ El proceso de generación de las mismas se ve en la lección sobre el Rayo Relampagueante.

eso no significa que la luz no esté presente; esa contracción es sólo desde el punto de vista de nuestra conciencia.

A nosotros el plano material nos aparece como sólido, impenetrable, pero sabemos que la materia es un 99'98...% vacío. Igualmente, desde el punto de vista interno, Maljút está totalmente llena de Luz, rebosante de Luz, aunque nosotros en nuestro estado actual no seamos capaces de percibirlo.

Por eso simbólicamente es la Hija, la Esposa, la Reina, la Sejiná, (que significa la presencia divina, el aspecto femenino de Dios, que se halla en exilio con las criaturas).

El estado en el que la materia será totalmente transparente a la Luz es llamado el Reino de Dios y, como la evolución más avanzada sobre el planeta Tierra, es tarea del ser humano, el trabajar por su consecución. Es responsabilidad suya el instaurar sobre la Tierra este Reino en armonía con el propio ser del planeta.

9ª Sefirá: YESOD. FUNDAMENTO

Yesod es la esfera de la maquinaria del universo, el gran entramado de fuerzas y tensiones que se halla detrás de lo físico.

Se dice que Yesod es el receptáculo de las emanaciones: En esta sefirá se reciben las influencias de todas las Sefirot por encima de ella y son filtradas antes de manifestarse y tomar forma o cuerpo en Maljút. Yesod es así el canal de transmisión al del Árbol al plano físico.

De ese modo, podemos ver que Yesod es el fundamento del plano material, el andamiaje de tensiones que es causal respecto de los sucesos en el plano físico. Este andamiaje existe previamente, por lo cual, la pauta general, las tendencias de lo que va a suceder en Maljút, se pueden captar y así realizar una cierta predicción de los acontecimientos.

Lo mismo sucede desde el punto de vista de la acción. Para conseguir un resultado en Maljút actuamos en Yesod, modelando su sustancia en la forma de la intención realizada.

¿Cuál es su sustancia? El llamado principio akásico o luz astral o éter psíquico universal.

Con Yesod nos hemos movido de la esfera de la tierra a la esfera de la luna. Entramos en el mundo onírico, el mundo de los sueños. De hecho, el sueño es una forma muy pura de experiencia yesódica.

La facultad por la que nos conectamos con Yesod y captamos sus energías es la imaginación creativa, la capacidad de crear y producir imágenes. La luz astral es muy ideoplástica, es decir, muy maleable por las ideas. De ahí que, actuando desde las sefirot superiores podamos modelarla de acuerdo con nuestras intenciones. Esto lo hacemos tanto consciente como inconscientemente. Yesod contiene y mantiene, para bien y para mal, las imágenes y fantasías creadas por nuestras mentes. De ahí que uno de sus nombres sea “el almacén de imágenes”. Por eso es tan importante la facultad de visualización.

Hay un peligro: Precisamente por ser la luz astral tan susceptible a nuestra influencia, siempre hay un factor de subjetividad en todas las imágenes producidas, recibidas y captadas. Lo que puede desembocar en ilusión.

Porque las imágenes de Yesod tienen mucho glamour. Podemos quedarnos fascinados por su luz, pero sin embargo hasta cierto punto engañarnos, quedándonos en

la imagen en sí, pero no en el significado que la imagen encarna. ¡Lo importante de la imagen no es tanto su forma como su simbolismo!

Una fuente puede ser objetiva y nosotros la captamos mediante nuestro subconsciente, pero en Yesod, que es el espejo de la mente, aparece con una forma condicionada en parte por nuestra propia composición, pero también por todo el acervo cultural, por todo el condicionamiento cultural que hemos recibido. Imaginemos una fuerza: quizá nosotros la captamos como un ángel y este ángel tiene una túnica blanca y alas, etc., pero a lo mejor un budista tibetano la procesa como una dakini; evidentemente la fuerza es objetiva, pero las imágenes concretas son subjetivas, en el sentido de que están condicionadas. Están culturalmente condicionadas.

Este espejo de la mente se torna claro cuando esta en contacto con Tiféret, la sexta sefirá, justo encima de Yesod en el Árbol de la Vida. Yesod es la esfera de la Luna, Tiféret es la esfera del Sol. A la luz de Tiféret el significado de las imágenes se aclara.

Como esfera de la Luna, la dinámica de Yesod es la de los flujos cíclicos, de las mareas. Las mareas del mar astral y las del alma.

Todas las diosas lunares, como Diana, diversos aspectos de Isis, Selene, Hécate, etc., tienen en esta esfera su morada natural. En el simbolismo cristiano, corresponde al Espíritu Santo como fecundador, como generador. En el simbolismo cabalístico corresponde a los órganos genitales.

Porque Yesod es el eslabón orgánico entre la materia y la mente. Es también el fundamento de la vida y éste no es otro que el instinto, las pautas que están escritas en la subconciencia de los seres. Instinto como producción, como fertilidad, pero sobretodo como auto regulación orgánica. Instinto de conservación y de reproducción.

Pero no hay que confundir el aspecto de instinto de reproducción sexual con toda sexualidad que implica a todo el Árbol. En particular, su aspecto de polaridad y de pasión pertenecen más bien a otra esfera, la número 7, Nétsaj.

El ser humano es como la Luna, que tiene una parte que nos muestra, una cara luminosa, pero también tiene siempre una cara oculta.

En el ser humano la personalidad se halla dividida en mente consciente y mente subconsciente. Por supuesto la mente subconsciente es la base o el fundamento de la personalidad. Y la mente consciente en el estado natural, en el estado corriente del ser humano, no representa a la totalidad de su ser. Está regida por el ego, por el yo. Que es una imagen que el individuo tiene de sí mismo en la que ha cristalizado todas sus experiencias anteriores, pero que también ha construido a base de lo que otros le han dicho lo que es, o a base de lo que otros le han dicho que tenía que ser. El individuo en su ego incorpora también, cuando su biografía le ha permitido hacerlo, el resultado de sus experiencias positivas y la presión de sus impulsos internos, de su alma, de lo que él se siente llamado a hacer en la vida.

Pero en general, la autoimagen es una imagen parcial con la que uno se identifica y a la que llama su yo. Éste soy “yo”, el yo de mi nombre, de mis apellidos. Así pues, tenemos por una parte la mente consciente centrada en el ego, y los arquetipos inconscientes que operan como subpersonalidades y que aparecen a veces en los sueños como personalidades autónomas. En estas subpersonalidades están incorporadas nuestras experiencias traumáticas y, en general, lo que rechazamos de nosotros mismos.

8ª Sefirá: HOD. GLORIA. ESPLENDOR

Hod es la esfera de la mente, del intelecto: el instrumento productor de imágenes, símbolos, ideas, palabras y formas mentales, todo lo cual entra bajo el epígrafe general de pensamiento concreto.

Al hablar de la mente no lo hacemos únicamente en el plano humano, microcósmico, sino que tenemos en cuenta lo que podríamos llamar las producciones de la mente universal. En el macrocosmos Hod es la esfera en la que la multiplicidad de formas es concebida. Hay que tener en cuenta que la naturaleza de la “forma” no es física, sino mental. Hod es así la matriz de las formas en el plano astral.

Hod es también la esfera de las relaciones entre los seres y, en particular, de la comunicación a todos los niveles: comunicación entre esferas, planos, individuos o partes de un individuo. La transmisión de información es una característica fundamental de esta Sefirá.

Y en tanto que las fuerzas de la razón fluyen en esta sefirá, Hod es también la esfera de la voluntad personal, en el sentido de la mente aplicada a la consecución de objetivos, lo que podríamos llamar mente estratégico – teleológica.

En realidad, las esferas que se hallan en los lados del Árbol de la Vida, en lo que después conoceremos como pilares laterales, forman pares complementarios, con lo que es difícil estudiarlas por separado.

Así ocurre con Hod y Nétsaj (la 7ª sefirá). Si Hod es intelecto, Nétsaj es sentimiento, emoción. Si Hod es la polaridad forma del plano astral, Nétsaj es la polaridad fuerza. La energía brota de Nétsaj y toma forma mental en Hod, donde es racionalizada. La energía emotiva e impulsiva de Nétsaj adquiere dirección en Hod, en donde se delinean los fines y las estrategias de consecución. Por eso decimos que Hod es la esfera de la voluntad. La voluntad está vacía sin una energía que la alimente en forma de motivación, etc. Por eso decimos que de Nétsaj es la Victoria (significado de la palabra). Entonces Hod, que da forma a los impulsos de Nétsaj, es la Gloria.

El ser humano es creativo al nivel de Hod. Dicho de otro modo, es forjador de formas mentales nuevas. Antes se ha hablado de la ideoplasia de la sustancia astral. Hay que tener en cuenta que siempre que damos un nombre a las cosas estructuramos la conciencia. Tal es el principio del “ledaber”, “decir” en hebreo, de donde deriva “dabar”, que significa tanto “palabra” como “cosa”: es la palabra que estructura lo real en formas concretas (Hod), que toman imagen en Yesod y cuerpo en Maljut. Nétsaj proporciona la energía, con lo que se completa el circuito.

Pero además, si la forma mental es “verdadera”, en el sentido de que resulta adecuada a la esencia o arquetipo de lo representado (conexión de Hod con Tiféret, la sexta sefirá), la corriente de energía espiritual fluye a través de ella, la forma se convierte en vehículo de la luz de las esferas superiores y se obtiene el efecto deseado tanto en el individuo (iluminación, por ejemplo) como fuera de él. Por eso se dice que Hod es la esfera de la Magia Ritual, de los nombres, versículos, mantras, nombres de poder, etc. En el lenguaje de la teosofía, diríamos que el rayo de Hod es el rayo hermético, rayo naranja o rayo del conocimiento concreto y de la ciencia. Hod es la esfera de Mercurio.

7ª Sefirá: NÉ TSAJ. VICTORIA.

Nétsaj representa la polaridad activa o “fuerza” de la luz astral frente a la polaridad pasiva o “forma” de Hod. Y si ésta era la esfera del pensamiento, Nétsaj lo es del sentimiento.

La naturaleza de la fuerza sólo se capta poniéndose en sintonía con ella y, por eso, Nétsaj se percibe mejor mediante el arte, la danza, el ritmo, el color, en fin, mediante todo aquello que haga vibrar nuestros propios sentimientos.

Nétsaj es, así, una esfera de energías vibratorias, de polaridad (que es lo que genera la fuerza), de enamoramiento, afectos, pasión, emoción, teniendo en cuenta que la e-moción pide la acción, es decir, genera el movimiento de atracción o repulsión hacia el objeto que la provoca.

Es entonces cuando entra en escena la sefirá complementaria, la mente racionalizadora de Hod, dotando de forma a las energías emotivas de Nétsaj y canalizándolas en direcciones definidas. En Hod nos autoconvencemos, planificamos – para conseguir esto he de hacer esto otro – pero en la base, en el núcleo, hay una emoción, un sentimiento motivador, que es Nétsaj. Por eso Nétsaj es la Victoria y Hod es la Gloria, el Esplendor.

Evidentemente, la mente racional puede procesar la información de forma que haga que una determinada emoción resulte incompatible con la imagen yesódica que el individuo tiene de sí mismo (su ego). Puede entonces llegar incluso a inhibir totalmente la expresión de esa emoción, bloqueándola. Eso, sin embargo, no anula a la emoción en sí, por mucho que no se reconozca conscientemente. La energía cortocircuitada y permanece activa en el subconsciente, alimentando el lado oscuro de la personalidad o sombra. El trabajo con las emociones es una parte fundamental del desarrollo personal. Autoexpresión es otra palabra clave que define la esfera de Nétsaj.

En el macrocosmos Nétsaj es la esfera de las fuerzas de la naturaleza. Por fuerzas de la naturaleza entendemos el aspecto interno de la misma, sus agentes activos, lo que los antiguos han representado mediante dioses, devas y poderes naturales.

Otro significado de la palabra Nétsaj, además de Victoria, es Eternidad, que transmite el carácter atemporal de los ciclos y fenómenos naturales – una vez que estos se han estabilizado – y que al mismo tiempo pone de manifiesto su conexión con los arquetipos.

Los arquetipos son aformales. Son núcleos de fuerza que moran en lo eterno, como polos de un imán psico-astral, atrayendo y organizando en su propio campo magnético los fenómenos que se manifiestan en el plano del tiempo. Y aunque sus manifestaciones concretas, las llamadas *imago*s (imágenes arquetípicas), están culturalmente condicionadas (lo que nos lleva de nuevo a la actividad formativa de Hod), su realidad interna es independiente de sus distintas formulaciones históricas en símbolos y mitos, como atestigua la universalidad de sus rasgos esenciales. Los panteones de las distintas mitologías se parecen mucho entre sí.

Nétsaj es la esfera de Venus: el reino de las emociones, de la fuerza vital, de la naturaleza. Es la luz de Tiféret (la luz solar), refractándose en los 7 colores del prisma. Las siete frecuencias estaban contenidas en la luz blanca, pero ahora divergen y cada una aparece en sí misma. Afirmandose, expresa su naturaleza. Y las múltiples interacciones de los rayos entre sí dan lugar a toda la riqueza cromática del mundo visible. En Nétsaj está todo lo que es vibración, sentimiento, danza, música, espontaneidad, color.

Entonces si Hod es la esfera del rayo hermético (conocimiento concreto, magia ritual), Nétsaj es la esfera del llamado rayo celta, de la magia natural.

Por encima de Nétsaj las esencias sólo se pueden percibir por iluminación abstracta, por intuición. Por debajo empieza el dominio de las fuerzas y de las formas astrales que se perciben por la emoción y la clarividencia.

Si ahora **recapitulamos** y tratamos de integrar todo lo visto hasta ahora desde el punto de vista psicológico, diremos que en Maljút tenemos el cuerpo y los sentidos, en Yesod los instintos y la imaginación, en Hod el pensamiento y la voluntad, en Nétsaj el sentimiento y las energías emocionales.

Nétsaj y Hod, Victoria y Gloria, actúan al unísono formando un contrapunto que puede resultar en una armonía expresiva o en una serie de problemáticas disonancias.

El equilibrio entre ambas puede alcanzarse en Yesod o en Tiferet. El ser humano promedio, es decir, antes de realizar un trabajo de individuación que le sitúa en Tiféret, tiene su nivel de conciencia centrado en Yesod (ego), desde donde estructura su mundo en una dualidad de conciencia y subconsciencia. Yesod es el receptáculo de todas las emanaciones provenientes de las sefirot superiores (entre las cuales se encuentran las influencias de los estratos profundos de la psique, así como de vidas anteriores, cristalizadas en pautas de acción y reacción, muchas de ellas inconscientes).

La persona no es consciente directamente de todas estas influencias. Desde Yesod, el espejo de la mente, es consciente de pensamientos y sentimientos, si bien no de todos. Parte de los mismos permanece inconsciente, como se observa en cuanto el individuo empieza un trabajo serio de introspección.

Como resultado de todas sus experiencias y en parte motivado por su necesidad de adaptarse a sus condiciones de vida en Maljút, en Yesod el individuo ha desarrollado una imagen parcial del conjunto de su personalidad – la parte de la misma con la que se halla identificada – permaneciendo el resto más o menos en la sombra (inconsciente). Pero el núcleo de la verdadera identidad se halla en la sefirá siguiente, Tiféret, que vamos a ver a continuación.

6ª Sefirá: TIFÉRET. BELLEZA.

El nombre de la sefirá se refiere a la belleza de la armonía porque Tiféret es, esencialmente, una esfera de equilibrio.

Tiféret es el corazón y el centro de todo el Árbol de la Vida. Nos fijamos en su posición, a medio camino entre arriba y abajo, y también entre la izquierda y la derecha; nos fijamos que es una esfera que está conectada mediante un sendero con todas las demás sefirot del Árbol, ocho en total. Salvo con una, que es Maljút, la décima, porque para alcanzar Maljút, Tiféret tiene que actuar a través de Yesod.

Tiféret es un punto focal del Árbol. En ella tiene lugar una transmutación. Cuando se llega a Tiféret la mente cambia de marcha, por así decir. Hay que tener en cuenta que, según se van trabajando las esferas inferiores del Árbol – las esferas de la personalidad – se van energizando todas las partes de uno mismo, conscientes y subconscientes; se va tomando conciencia de nuestra parte oscura, de nuestra parte rechazada, que no es necesariamente negativa⁶. Todo ello crea una presión, una tensión

⁶Por ejemplo, la sombra de un individuo inseguro e inhibido puede albergar unas magníficas facultades de iniciativa y liderazgo.

interna. Entonces el individuo avanza, pero renqueando, como si fuera un coche en el que por una parte se aprieta el acelerador, y por otra lleva puesta una marcha demasiado corta. De repente se mete una marcha larga y ese es el paso a Tiféret, lo que hemos llamado el cambio de marcha. El coche adquiere velocidad, la conducción es fluida, el individuo se suelta, se mueve con libertad, se siente ser él mismo.

Porque, ¿en qué consiste principalmente este cambio de marcha?

Esencialmente en que el individuo se ubica en el SER. O sea, en sí mismo. El individuo experimenta el puro gozo de ser. De ser él mismo. Es decir, que deja atrás todas las ideas, todos los sentimientos, todas las imaginaciones. Deja de identificarse con su ego y se ubica en su verdadero yo, en su verdadero ser.

Tiféret es entonces el self del individuo: el self o sí mismo, en palabras de la psicología de Jung, o el centauro, en palabras de Ken Wilber, aludiendo a la integración que se produce de todas las partes de uno mismo, incluyendo la parte corpórea (de ahí el nombre de centauro, que es mitad caballo, mitad hombre). Tiféret es el yo existencial. El verdadero yo del individuo. Por eso la esfera de Tiféret es la esfera del despertar.

Tiféret es un punto focal, porque por debajo están los planos de la conciencia personal y por encima los planos de la experiencia transpersonal. Pero es imposible llegar a esa conciencia transpersonal – otro nombre de la conciencia mística – sin pasar por la puerta de uno mismo. Por eso conocerte a ti mismo sigue siendo la máxima fundamental: “Conócete a ti mismo” como decía el oráculo de Delfos, “y conocerás el Universo y a los dioses”.

El self es el núcleo arquetípico del ego. Su cualidad esencial es ser simplemente. Es el centro inmóvil. Todo lo demás es circunstancial. Por eso también se dice que Tiféret es una esfera de sacrificio. Esto hay que entenderlo de dos maneras:

Sacrificio primero en un plano personal, puesto que para poder llegar a Tiféret el individuo seguramente ha tenido que sacrificar muchas cosas, no sólo en un plano mental, es decir, de las ideas que uno podía tener sobre sí mismo en abstracto, porque el cambio ha de tener lugar en la acción, ha de manifestarse en la práctica. El cambio de marcha no es más que despertar a lo que verdaderamente es uno mismo, y este uno mismo lo es frente a los demás, frente al mundo exterior.

En Tiféret se es verdadero consigo mismo. Entonces quizá el individuo ha tenido que sacrificar todo lo que estaba en el camino de su self, bloqueándolo. Puede que sea alguna relación, puede que sea alguna circunstancia material, puede que sea alguna visión determinada del mundo: todo ello ha de ser sacrificado. Por eso se dice que Tiféret es una esfera de sacrificio.

También lo es en otro sentido. Cuando se llega a Tiféret, el centro de la totalidad de uno mismo, se accede al centro de todas las cosas, porque el centro de algo es la puerta que permite la manifestación de su esencia ideal, de esa esencia espiritual que hace que cada cosa sea lo que es. Todos los centros están de alguna manera conectados. Entonces, desde Tiféret se entra en empatía con las cosas, se siente con ellas, se vibra con ellas, y se despierta en el individuo un sentimiento de compasión genuino. Y entonces también se sacrifica por los demás, sacrificio que brota de una preocupación genuina.

Tiféret, la esfera solar, es al mismo tiempo el lugar de los dioses sacrificados. Esta sefirá se expresa mediante tres arquetipos fundamentales:

- El arquetipo del niño que alude al despertar, al despertar a uno mismo, con lo que se nace a un mundo nuevo.

- El arquetipo del rey, cuando esa experiencia se ha consolidado y entonces como el sol, uno se convierte en el centro de su propio sistema solar. Es el aspecto de autorrealización. Por eso Tiféret, que por una parte es el punto máximo al que llegan las religiones exotéricas, es también el objetivo de las psicologías humanísticas que se basan en la realización personal, en la expresión del propio self.

- El Dios sacrificado, que siempre muere por el pueblo, expresando el aspecto compasivo y redentor de Tiféret.

Otros nombres e imágenes de la esfera son: El Rey, El Hijo, El Redentor, Jesucristo, Dionisos, Apolo, Adonis, Osiris, El Iluminador. El sacrificado, en suma.

Sin embargo, no hay que concebir a Tiféret como un estado que se alcanza de una vez por todas. Como el niño que nace, la experiencia tiferética es al principio débil: se puede llegar a Tiféret y volver a perderlo. En fin, subir y bajar.

Es decir, no basta con llegar a Tiféret. Hay que consolidar ese estado y aprender a permanecer en él. Y para eso se necesitan las fuerzas de las dos sefirot siguientes, que también, por ser sefirot de los pilares laterales, están polarizadas: Guevurá y Jésed.

5ª Sefirá: GUEVURÁ. FUERZA.

Guevurá es la esfera del poder, del poder absoluto. Otros nombres de la sefirá son: Din (el juicio) o Pájad (el temor)

Es la esfera de la contracción, de la limitación, mientras que su opuesto o complementario, Jésed, la cuarta sefirá, es la esfera de la energía expansiva. Es decir, el poder de Guevurá se adquiere por la limitación, por la definición precisa de los límites.

Un ejemplo clásico es el de la máquina de vapor: podemos hervir agua en una caldera abierta. El vapor se escapa, se difunde y no realiza ningún trabajo. Pero si cerramos la caldera, si hacemos canalizar todo el vapor por unos conductos definidos, entonces se genera una energía dinámica, cinética, que es capaz de producir un trabajo, mover una máquina, por ejemplo. Así pues, las leyes de la limitación, la concentración y la resistencia, son las leyes de la generación y del uso consciente de poder.

Guevurá es una esfera de discriminación y de limitación universales. Es la llamada emanación discontinua o juicio de Dios, donde todo es sometido a prueba y juzgado. Es así una esfera de verdad absoluta, sin mitigar. Por eso también se dice que en esta esfera están las fuerzas destructivas de la Divinidad, porque todo aquello que ya ha cumplido su función evolutiva debe ser desechado para poder construir algo nuevo.

Guevurá también tiene un aspecto pasivo, de resistencia, disciplina, autodomínio y control. El self o sí mismo tiferético precisa de esta fuerza para su afirmación y consolidación. El individuo debe luchar contra todo lo que se opone a la realización de su verdadera naturaleza. Debe luchar en el mundo externo, por así decir, pero también contra la expresión en sí mismo de su propia fuerza negativa, la que le tiene atado a su naturaleza inferior e impregna todo su mundo egoico.

Guevurá es una esfera de batalla, y la batalla que hemos de desarrollar y vencer es la batalla por nuestro propio ser. Es decir, necesitamos aprender a decir no,

necesitamos aprender a separarnos de todo aquello que no nos hace crecer, que no nos desarrolla. Para eso necesitamos la discriminación, el juicio, la disciplina y el rigor.

En general, Jésed, nos trae las experiencias positivas, todas aquellas experiencias expansivas, que nos resultan agradables, en las que parece que la vida nos sonríe, y Guevurá nos trae las experiencias difíciles, problemáticas, traumáticas, las experiencias que ponen a prueba nuestros límites para que realmente vayamos más allá de nosotros mismos. Ambas fuerzas son necesarias: sin una medida de Guevurá caeríamos en la autocomplacencia y autoindulgencia. No haríamos nunca el esfuerzo por crecer, por desarrollarnos. Ahora bien, no podemos subsistir sólo en el rigor, sin una medida de Gracia. Caeríamos en la desesperación. Nos angostaríamos como una planta en el desierto.

En conjunto, Guevurá representa la operación de la Ley Cósmica. En su aspecto pasivo es aseveración y juicio, como hemos dicho. En su aspecto activo es aplicación de la Justicia, estricta y objetiva, que esencialmente tiende al restablecimiento del equilibrio. Tal es el principio de la ley de acción y reacción: la responsabilidad por las consecuencias de las propias acciones. Ésta – la responsabilidad – es uno de los pilares fundamentales de la individualidad, una palanca necesaria para su crecimiento.

4ª Sefirá: JÉSED. MISERICORDIA, AMOR.

Jésed es esa efusión de energía expansiva y constructiva que llamamos Misericordia, y también la Gracia de Dios, que llena los mundos y lleva a los seres al desarrollo máximo de su propia medida, lo cual constituye su Bien.

En el esquema de la Creación según el modelo del Génesis, el cual se verá más adelante en la lección sobre el Rayo Relampagueante, Jésed, la primera de las siete sefirot inferiores, corresponde a su vez al primer día. En él es creada la Luz, en la que están contenidas todas las cosas en estado potencial, y está escrito: “Y vio Dios la Luz, que era buena”.

Jésed, como primera expresión del pensamiento creativo, es entonces la Luz del Bien. El pensamiento de la creación es manifestar la propia bondad divina. La creación es el acto de donación constante de Dios – acto gratuito – expresión de Amor. Así, la Deidad es percibida por los seres creados como inmanencia, como Presencia constante, que es el amor, la fuerza de la unidad. De algún modo, Dios se contrae a sí mismo para que el mundo pueda contenerle.

Por todo ello, el deseo de dar es la fuerza que nos conecta con las energías espirituales de Jésed, desarrollando la afinidad con el Creador basada en la similitud de fase vibratoria.

En Guevurá tenemos el deseo de recibir, la polaridad pasiva de la psique, la libido, por así decir, que se manifiesta como deseo, porque sólo se puede desear lo que no se tiene y hemos dicho que Guevurá es la esfera donde se nos ponen los límites.

Jésed es por el contrario la polaridad positiva de la psique, la libido positiva, la fuerza que nos impulsa a abrirnos, que nos hace crecer, que nos expande, que nos trae las experiencias positivas que necesitamos para desarrollarnos y alcanzar nuestro objetivo de plenitud. La lección de Jésed es la transmutación del deseo de recibir en deseo de dar.

Ahora bien, como hemos dicho, ambas polaridades – Jésed y Guevurá – son necesarias. Las energías de Jésed, tremendamente expansivas, no crearían nada, se difundirían, si no estuvieran encerradas en los límites de Guevurá. El mundo no subsistiría si sólo hubiera rigor, pero tampoco con sólo misericordia. Sin embargo, tiende hacia ésta última. Jésed y Guevurá se equilibran en Tifêret, uno de cuyos nombres es Compasión – Rajamim, en hebreo –.

Entonces, si Guevurá es la esfera de Marte, Jésed lo es de Júpiter.

Jésed es, pues, una esfera de autoridad, no es una autoridad personal, sino conferida; una autoridad que dimana de lo alto.

Por encima de Jésed hay como una fractura en el Árbol de la Vida: las tres sefirot superiores están separadas de las siete inferiores por lo que se llama el Abismo, el abismo que separa la conciencia divina de la conciencia humana.

Como dice el segundo versículo del primer capítulo del Génesis:

“La oscuridad sobre la faz del abismo y el espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas”

¿Por qué es necesario el abismo?

Porque si la Luz de Dios, la Luz Infinita – anterior a la luz de la Creación propiamente dicha – no se contrajera, y creara por así decir un vacío dentro de sí misma, nada podría existir como otro, como diferente de la Deidad, ya que todo en esencia es uno y lo mismo.

Por eso se dice que la luz se retira, se retira desde el punto de vista de nuestra conciencia, no que esté retirada de hecho. Sobre este punto se hablará en la lección sobre el Rayo Relampagueante.

En medio del abismo, sin embargo, hay un estado potencial que se suele dibujar mediante una línea de puntos como una esfera, como una sefirá adicional invisible, y que recibe el nombre de Daát.

DAÁT. CONOCIMIENTO.

Se dice que Daát es la puerta entre los mundos.

Daát significa Conocimiento, y es el conocimiento de la experiencia, un conocimiento vivido, incorporado a la propia sustancia, capaz de constituir un fundamento para la experiencia de las esferas superiores.

Se accede a ese estado de Daát cuando se ha conseguido la integración de la experiencia de las siete sefirot inferiores, es decir, cuando se “conoce” la totalidad psíquica de uno mismo.

Por otra parte, visto desde arriba, Daát es también la síntesis de las tres sefirot supremas, Kéter, Jojmá y Biná. Éstas, en realidad, están siempre unidas, actuando al unísono, y son captadas por la mente inferior a través de Daát. Es sólo desde nuestra perspectiva limitada y por motivos pedagógicos que nosotros las estudiamos como separadas en tres esferas diferentes.

Desde el punto de vista de la psicología, Daát es justamente la frontera entre los planos personal y transpersonal, es decir, donde se realiza el vínculo con el mundo del espíritu, que es el nombre antiguo para la parte del ser no encarnada, es decir, que trasciende la identidad personal de una encarnación. Esta conexión recibe el Cábala el nombre de Rúaj HaKódesh, Espíritu Santo, el cual tiene muchos niveles de realización, y diríamos de iluminación.

En Yesod hemos hablado del Espíritu Santo como generador o fecundador. Hay una relación profunda, que se aclarará en su lugar, entre Daát y Yesod, como prueba el que se use el simbolismo de unión sexual para referirse a Daát. Tal como escrito (Génesis 4:1): “Y Adam conoció a Eva”.

Al cruzar Daát damos el salto a lo cósmico. Por encima del abismo está la tercera esfera.

3ª Sefirá: BINÁ. ENTENDIMIENTO, INTELIGENCIA.

Biná es la polaridad negativa o femenina de la mente divina. Es por tanto la inteligencia que subyace a todo, el aspecto pasivo, puramente receptivo, y por tanto vacío, del elemento divino: el fondo oscuro que posibilita la visión, el silencio que permite oír el sonido, el espacio - tiempo que sustenta el despliegue cósmico.

La mejor manera de acercarnos a ella es mediante el arquetipo de la Gran Madre Cósmica. Porque Biná es el Entendimiento omniabarcante, que, en silencio, concibe, da a luz y mantiene providentemente a todos los mundos creados.

Biná es, así, la madre de la forma, el conjunto de las fuerzas de la Creación. Es, por tanto, el principio de la separación. Aunque, en realidad, no hay separación en Biná, en sí es la raíz de la misma. Es a partir de ella y por debajo del abismo donde empiezan propiamente los mundos de la multiplicidad y diversificación.

Estos se hallan contenidos en Biná en un estado ideal y de suma unidad. Biná es la totalidad en la unidad – unidad y multiplicidad a un tiempo – y, como tal, representa el punto de partida y punto de llegada del circuito cósmico.

Las almas – los seres – son concebidas en Biná, descienden por los planos, llegan a Maljút, y ascienden tras su serie de experiencias, de diversas vidas, etc. Cuando llegan a Biná se encuentran de nuevo con el gran océano, el Gran Mar de la Existencia.

El alma plenamente realizada descubre que es una onda – una gota – de ese océano: individual, pero completamente parte del mismo, y además expandida por todo él.

Ese es el estado final, por eso Biná es llamada también Teshuvá, que suele traducirse como arrepentimiento, pero que en verdad significa retorno: la redención final, el jubileo, como cuando en el Israel bíblico se proclama la libertad y todas las deudas eran perdonadas, los esclavos liberados y la tierra volvía a estar en posesión de sus primeros dueños.

En general, Biná es la Ley Cósmica en su totalidad, la pauta que rige los mundos. Como tal es la raíz última de la Severidad. Hay que tener en cuenta que toda forma es un tipo de muerte para la fuerza que alberga porque ésta es constreñida, obligada a moverse por determinados caminos, en vez de poder hacerlo libremente como antes.

Lo mismo cabe decir respecto del alma. Todo nacimiento en un plano inferior, por así decir, indica una muerte para el plano superior original. Pero sin forma, la fuerza es inmanifestable e incognoscible. Del mismo modo, sin encarnación no hay desarrollo posible para el alma en el sentido de actualizar sus poderes latentes.

Biná presenta, así, una doble cara:

Como madre severa (la aplicación de la ley cósmica) es la visión del dolor, del esfuerzo, del camino a recorrer, de todo cuanto ha sucedido, sucede y sucederá a lo largo de esa ruta: la lenta y laboriosa vía del sendero involutivo y evolutivo (descenso y ascenso).

Como madre amorosa y providente, lleva a los mundos a su perfección última y es el estado de redención de toda atadura: la Tierra que mana leche y miel, el Mundo Futuro, la Jerusalem Celeste, etc.

Biná es la esfera de Saturno, el gran limitador, pero también regente de la Edad de Oro.

2ª sefirá: JOJMÁ. SABIDURÍA.

Jojmá es el par complementario de Biná, es decir, la polaridad activa, masculina de la mente divina. Jojmá es llamado el Padre Cósmico.

Jojmá es, entonces, una esfera de energía pura, totalmente incondicionada, sin ninguna traza de diferenciación. En la gran batería cósmica, Jojmá es el polo positivo que proyecta la energía, la cual al organizarse en Biná – el polo negativo – da lugar a la forma.

De Jojmá dimana el cambio creativo. Biná es la esfera de la Ley. Es una sefirá pasiva, hasta cierto punto cerrada. Digamos que en Biná no se sabe cómo cambiar las cosas, pero Jojmá puede hacerlo.

Todos tenemos la experiencia de un problema aparentemente insoluble, de una situación en la que por más vueltas que le damos no vemos una vía de salida, y de repente aparece una solución inesperada, no se sabe de dónde: así es como actúa Jojmá.

Porque Jojmá está por encima de la ley, mas no porque la anule ni la contradiga, sino porque la trasciende. ¿Qué es la ley? ¿Qué es en sí la forma de Biná? No otra cosa que la concepción, la formulación de la energía pura de Jojmá.

Jojmá es entonces uno con la ley, de la misma manera que el padre y la madre cósmica están siempre unidos, son como dos amantes que nunca se separan.

Jojmá se experimenta como los chispazos de intuición, de iluminación que, por supuesto, si luego no son entendidos y formulados por Biná, no devienen en nada. Siempre hay que entender ambas fuerzas en combinación.

Jojmá-Sabiduría es el espejo en el que Dios se mira a sí mismo. Es el pensamiento ideal de la Creación y, por tanto, el arquetipo supremo de la existencia. En la Sabiduría todas las cosas se hallan fundidas como en una omnisciencia u omniconciencia luminosa y transparente, participando como ideas vivientes de la propia esencia divina en un eterno ahora de plenitud y éxtasis.

En el texto bíblico se afirma varias veces que el temor de Dios es el principio de la sabiduría. En este contexto hay que entender temor en el sentido de anonadamiento, por que al ser Jojmá un estado que está por encima de la forma, no se puede acceder a él por medio de la mente. La mente no encuentra allí ningún punto de referencia, nada a lo que agarrarse.

Temor en hebreo es Yirá, que se transforma por permutación de letras en la palabra Reí, que significa espejo. Así, el anonadamiento del temor de Dios lleva a la trascendencia que se transforma en el espejo de la omniconsciencia divina.

Y, sin embargo, la sabiduría es el don de Dios dado al hombre. Como dice el libro de la Sabiduría (7: 22 y ss.), atribuido a Salomón:

“Que hay en ella (en la Sabiduría) un espíritu inteligente, santo, múltiple, suave, ágil, incontaminado, diáfano, inofensivo, amante de lo nuevo, agudo, sin trabas, bienhechor, filántropo, seguro, firme, sin cuidados, que todo lo puede, que todo lo vigila, que penetra todos los espíritus inteligentes, puros, sutiles. La sabiduría es más móvil que todo movimiento, se difunde y penetra en todas partes por su finura, pues es una exhalación de la fuerza de Dios y una emanación pura de la gloria del omnipotente; por eso nada manchado penetra en ella. Es una irradiación de la luz eterna, espejo terso de la energía de Dios, e imagen de su bondad. Y siendo una, todo lo puede;

permaneciendo en sí, todo lo renueva, y trasladándose en cada generación a las almas santas, prepara amigos de Dios y profetas, pues nada ama más Dios que al que habita con sabiduría. Pues esa es más hermosa que el Sol, y supera toda constelación. Comparada con la luz es más brillante que ella, porque a ésta le sucede la noche, pero a la sabiduría no le vence la maldad”

1ª Sefirá: KÉTER. CORONA

Kéter es la corona de la manifestación, el vértice superior del Árbol de la Vida, la vida incondicionada, la realidad última.

Una corona es algo que se lleva sobre la cabeza pero que no pertenece propiamente a ella. Así ocurre con la primera sefirá: corona la realidad – de hecho la contiene – y al mismo tiempo está más allá de ella.

Hay una doble vía de aproximación a Kéter:

- La vía de la afirmación superlativa, es decir, toda cualidad positiva que podamos concebir la posee en un grado infinito de perfección.
- La negación de toda cualidad, es decir, cualquier cosa que digamos que es, no es.

Kéter presenta, así, una doble cara. Por una parte mira hacia el no ser: es la cara que mira hacia la inmanifestación, hacia el verdadero ser de Dios, hacia su esencia. Por otra mira hacia el ser, hacia la manifestación y se muestra como su perfección absoluta.

Por eso a veces Kéter es también llamado AIN, que significa la nada, pero es una nada desde el punto de vista del ser, ya que está más allá del ser. Es el vacío tal como lo concibe la física moderna, como el máximo de energía potencial. Es el no ser infinito, luminoso, radiante, el no ser afirmativo, carente de límites y condiciones.

Por otro lado es un eterno fluir inmóvil, la fuente de la manifestación. Hemos dicho que la esencia de la manifestación es el eterno darse de Dios a sí mismo. Kéter es ese estado de superabundancia desbordante que es el Sumo Bien, en el que todos los mundos han sido, son y serán, sin disminuirle en modo alguno.

Kéter es la Unidad, el Uno y el Único. Sólo puede ser definida de modo paradójico, pues en esta sefirá los opuestos son uno: manifestación/inmanifestación, ser/no ser, vida/muerte, etc.

Así, es un estado no dual, de simplicidad extrema. Reposa en su ser absoluto, en la ipseedad absoluta de su conciencia perfecta, en calma y beatitud completas.

Porque Kéter es el Sí mismo absoluto, la Totalidad indivisible, el Equilibrio perfecto, el Punto de quietud, el Centro de todos los centros. Todas las cosas penden de él, y él no pende de ninguna.

En sentido alegórico es llamado el anciano de los días, el rostro inmenso. De hecho podemos figurarnos algo de su naturaleza mediante los títulos tradicionales que se han dado a esta esfera: el pequeño punto, punto primordial, el profuso dador, la cabeza blanca (por su pureza), el amén, la luz oculta, la luz interna, la luz simplísima, la luz inescrutable, el altísimo, el largo de nariz (queriendo decir de naturaleza absolutamente misericordiosa), el largo de rostro, el rostro inmenso, el gran rostro, el anciano de los ancianos, el anciano de los días, el anciano santo, el oculto de los ocultos,

la cabeza, la cabeza que no es, la existencia de las existencias, el nombre “yo soy el que soy”, el yo absoluto, la identidad suprema.

Kéter es la sefirá mística por excelencia. La experiencia espiritual que confiere es la unión con Dios, el estado último de conciencia sin traza de dualidad.

Así, entre la corona de Kéter y el reino de Maljút se extiende toda la manifestación, mas ¿quién es digno de portar esa corona?

Tiféret es llamado el Rey, y Tiféret es el Hombre, Adam, el ser humano arquetípico, el hombre/mujer, el estado natural (primordial y último) del ser humano: uniendo todos los planos, manifestando la luz infinita en el seno de lo múltiple, uniendo el cielo con la tierra, lo cual constituye la meta del cabalista.

Porque la cábala no es en modo alguno un camino de evasión, un querer llegar al cielo – ni siquiera a ese primer estado de Kéter – para permanecer en él: subir al cielo para descender a la tierra, en unión y armonía perfectas, manifestando nuestra divinidad. Ese es el plan divino de la creación.